

y Huesca, el cual en 1925 diseñó para la Caja de Previsión Social de Aragón una repertorio de edificios modelo siguiendo las trazas de la O.T.C.E., pero adaptó sus escuelas modelo a las condiciones y sistemas constructivos de la región. Esta colección de proyectos nos permite trazar un panorama particular en las tierras aragonesas.

En la segunda parte, Mónica Vázquez analiza el ambiente cultural y señala cómo se priorizó la educación católica y el espíritu nacional frente a la pérdida de otros valores como el carácter lúdico y creativo que se había intentado imponer en la Nueva Escuela.

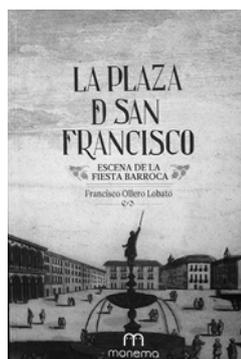
En una primera etapa los arquitectos encargados de las obras fueron prioritariamente los arquitectos provinciales: Antonio Uceda García en Huesca, Félix Ortiz Tribas en Teruel, y Regino Borobio Ojeda, en Zaragoza. Aunque no debemos olvidar tanto la labor desarrollada por los técnicos de la O.T.C.E. –Eduardo Torallas o Francisco de la Pezuela– como los proyectistas del Instituto Nacional de Colonización. Así, en los años cuarenta –y parte de los cincuenta– encontramos una cierta continuidad con las formulaciones elaboradas por la Oficina dirigida por Antonio Flores.

Sin embargo, a raíz de la formulación del Plan Nacional de proyectos tipos de Escuelas Rurales en 1956 y de Escuelas Urbanas en 1957 se aplicaron nuevas formulaciones estéticas y de distribución de planta basados en una trama modular. Se impusieron nuevos criterios económicos y técnicos y, en particular, se introdujeron cada vez más materiales prefabricados.

En definitiva, las Escuelas fueron durante el siglo XIX y XX en muchas ocasiones los elementos de modernidad de la trama urbana y el estudio y análisis de Mónica Vázquez permite que recuperemos gracias al manejo de una amplia documentación esa parte de la historia de la arquitectura como también de la historia social.

Elena DE ORTUETA HILBERATH  
Universidad de Extremadura

OLLERO LOBATO, Francisco, La Plaza de San Francisco. Escena de la fiesta barroca, Granada, Monema, 2013, 157 pp. ISBN.: 978-84-939825-7-7.



En todas las lenguas, en todos los ámbitos del conocimiento y de las relaciones humanas hay palabras que llaman a las palabras; esos «buenos amigos» –en oposición a los «falsos amigos» que surgen cuando pretendemos traducir a una lengua ajena que no conocemos en profundidad– se reclaman entre sí, de modo que unos atraen a los otros y, aunque su presencia no se haga visible a través del título, están ahí. Esto es lo que ocurre cuando palabras como plaza, fiesta y barroco aparecen reunidas bajo un mismo título. Unas parece que piden la presencia de las otras, máxime si en medio se introduce la referencia a Sevilla. No cabe duda, los títulos no engañan y, detrás de estas primeras líneas, descubrimos un texto que nos habla de cultura, urbanismo, espectáculos, ornato, teatro, arquitecturas efímeras, recibimientos reales, procesiones y autos de fe.

En efecto, Francisco Ollero Lobato nos propone un viaje al corazón de la Sevilla barroca, a una de sus plazas más significativas, la de San Francisco. A lo largo de catorce capítulos, organizados en dos partes, nos aproxima al universo complejo de esta plaza que, de un modo afortunado, se convierte en el laboratorio de trabajo y análisis del comportamiento de una sociedad en un momento histórico concreto.

En la primera parte, bajo el epígrafe de El Teatro de la Fiesta, se nos presenta la visión urbana de la plaza, desde el lugar que ocupa en la ciudad, dada su importancia representativa y su papel protagonista en la fiesta pública sevillana, a su evolución desde ese incierto vacío creado en el urbanismo medieval que se carga de funciones y significados a lo largo de toda la Edad Moderna. Es en ese contexto en el que la loggia de las Casas Capitulares, diseñada en 1563 por Hernán Ruiz y ejecutada por Juan Cabello, adquiere todo su sentido tal como lo describió Juan de Malara. Un espacio privilegiado que servía de palco para los monarcas cuando éstos se encontraban en Sevilla; del mismo modo que servían para todos los miembros de la institución municipal. Como es lógico el público no sólo eran los miembros de la corporación local o los monarcas, las grandes familias sevillanas tenían privilegios especiales para situarse en diferentes arcadas y balcones de la plaza para la contemplación de los festejos que allí se celebraban.

Ahora bien, la plaza de San Francisco como buen teatro contaba con una escena privilegiada que se extendía más allá del espacio público donde se levantaban los diversos escenarios y tramoyas; las calles adyacentes se convertían en las bocas a través de las que se accedía a éste.

Este análisis, ampliamente documentado e ilustrado, de la plaza de San Francisco concluye con una referencia específica a la plaza como espacio de celebración de la monarquía y el rey y, como consecuencia de ello, como lugar donde todos los ideales culturales de la época temían por materializarse, en especial aquellos que apelaban a la tradición y a la historia, al teatro o la erudición.

Esta primera parte le permite al lector entender perfectamente cómo era la plaza de San Francisco, su significación dentro del urbanismo sevillano pero, sobre todo, su valor dentro de la estructura social de la urbe hispalense.

Sin embargo su verdadera dimensión histórica se define en la segunda parte de este libro, donde Francisco Ollero Lobato procede a un análisis exhaustivo y

sistemático de las diferentes representaciones que tuvieron lugar en la plaza. De hecho, parece evidente que la tipología festiva de esta plaza sólo se podrá aquilatar correctamente en el momento en que conozcamos los actos que tuvieron lugar en ella. De ahí que cada uno de los seis capítulos que componen este segundo bloque se refieran a los diferentes tipos de celebraciones.

Este análisis tipológico comienza con las procesiones de Corpus Christi y Semana Santa que, más allá de situarnos dentro de la plaza, nos invita a hacer un recorrido urbano por las calles que la rodean. Se produce de este modo un proceso de apropiación urbana, donde toda la población es protagonista del espectáculo y, al margen de los privilegios mencionados, toda la sociedad sevillana se integra como un todo homogéneo por unos momentos. Algo que, además, no sólo contaba con las fechas litúrgicas señaladas anualmente sino también con aquellas otras procesiones extraordinarias que tenían lugar en diversos momentos del año. Recapitular todas estas celebraciones supone recuperar la memoria sobre aquellos eventos que movilizaban como un todo a la sociedad sevillana.

Algo parecido ocurre con los autos de fe, las ejecuciones, y las proclamaciones reales. Si los primeros tenían un carácter más estático, las fiestas que tenían que ver con la monarquía no sólo tenían una dimensión urbana más amplia al extenderse por las calles de la ciudad, sino que su duración en el tiempo era semejante a la de las celebraciones religiosas.

Por último son analizados los torneos, las fiestas de cañas, los toros y las mascaradas.

En definitiva, este libro dedicado a la Plaza de San Francisco nos habla de mucho más que una simple plaza, incluso trasciende la idea de centrarnos en la plaza más relevante de Sevilla. Desde un lugar concreto y central, se nos presenta la vida de una ciudad como Sevilla, se nos describe y explica el pulso que latía en sus calles y gentes. Por este motivo este libro de Francisco Ollero Lobato está llamado a convertirse en un modelo de análisis cultural de la ciudad, donde el urbanismo se entiende como el soporte de un paisaje urbano de carácter histórico, cultural y patrimonial, haciendo buena la metáfora atribuida a L. B. Alberti de que la ciudad es como una gran casa.

Juan M. MONTERROSO MONTERO

Universidad de Santiago de Compostela